

E. MIRET MAGDA LENA

El Cardenal Rossi, hablando de la crisis de la Iglesia, en Madrid, dijo que esta crisis no sólo era exterior, sino que, "desgraciadamente, es también íntima de la Iglesia: la barca de San Pedro sufre averías".

Este diagnóstico es de gran importancia, por venir de quien viene. El Cardenal Rossi, Obispo brasileño, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos; o sea, el dirigente vaticano que se ocupa de las misiones, que ahora se denominan con este nuevo nombre, más elegante, de "evangelización de los pueblos".

Dicho esto, concretó este Cardenal un poco más su opinión, y afirmó lo siguiente: "Evaporándose la fe en una sociedad siempre más materializada y secularizada, se buscan razones, humanas, como la llamada del Tercer Mundo, el desarrollo, la liberación, el socialismo, etcétera, para justificar y hacer aceptable el trabajo de las misiones".

En más breves palabras no se puede describir un panorama más crítico y más pesimista. Y los hombres de la calle nos preguntamos: ¿Qué hay de verdad en todo ello?

Porque no cabe la menor duda que, dándonos o no dándonos cuenta, en lo íntimo de la Iglesia estamos experimentando una crisis agónica, en el sentido técnico de la palabra "agonía", que es la lucha para salir de la crisis.

En este mismo sentido insistía el famoso teólogo Padre Congar, O. P., que fue el pionero de las reformas conciliares de la Iglesia, en este mismo I Congreso Internacional de Misioneros Dominicos. Después de hablar el Cardenal, el teólogo señaló, de una manera decidida, que "la teología misionera está en crisis".

El retrato que hizo el Padre Congar, más suave que el del Cardenal Rossi, decía: "Hoy existe confusión porque algunos piensan que las misiones no deben pretender la conversión al cristianismo de los hombres". Esta es la conclusión de esa crisis que, con razón o sin ella, diagnosticaba, en forma un poco trágica, el Cardenal Rossi. Conclusión que, concretándola más, viene a decir que en esta crisis de evangelización, de transmisión del Evangelio, "se piensa que el misionero debe hacer del budista un buen budista y del musulmán un buen musulmán". Y, por si esto fuera poco, nuestra última conclusión sería —citando al Padre Congar— que aquello que quiso hacer San Francisco Xavier, de convertir al cristianismo toda la China, apenas nadie lo cree hoy. Existe una duda latente en el pensamiento de los católicos, por la cual se cuestiona de lo que hasta ahora se han llamado conversiones. Estas parecen o cosas de otros tiempos o reacciones puramente humanas que nada tengan que ver, o casi nada, con lo religioso.

Así la situación, tenemos que concluir que se hace evidente la disminución de efectivos religiosos en el catolicismo. Por ejemplo, en Portugal, el Instituto Portugués de Opinión Pública comprueba que la Iglesia Católica pierde adeptos. Lo mismo se puede hablar de Italia; y en España son muchos los síntomas que revelan lo mismo.

El director del Instituto de Sociología y Pas-

toral Aplicadas, Rogelio Duocastella, ha presentado a la Conferencia Internacional de Sociología Religiosa un breve estudio sobre el proceso de cambio en la Iglesia española. Allí se ve esto que indico: la nueva y sorprendente crisis religiosa de los españoles, después de ese arraigo tan persistente en las posturas tradicionales y conservadoras.

Sin embargo, las razones que frecuentemente se dan y el análisis que se hace de esta crisis religiosa no parecen muy acertados. Todo se achaca —generalmente por parte de la Jerarquía—, con gran temor, al materialismo y a la secularización del mundo actual. Pero esto es muy discutible, ya que la disminución religiosa que la nueva estructura de la cultura está produciendo es, fundamentalmente, de la religión popular: la de las peregrinaciones, demostraciones masivas, votos y promesas y maravillosismo. Pero ha afectado de modo mucho

LA BARCA DE SAN PEDRO

menor en la religión íntima que, como una dinámica constructiva, impulsa al hombre a responsabilizarse de todo lo que está a su alrededor.

Aunque también a esta religiosidad íntima le han afectado algo la cultura, la ciencia y la técnica de nuestra época. Pero yo creo que estamos en plena crisis positiva de esta religiosidad auténtica, y lo único que tenemos que hacer es encontrar su camino, cosa a la que el mundo eclesidístico nos está ayudando muy poco con sus superficiales discusiones de progresismo e integrista, de religión popular y de religión para minorías.

El Cardenal Daniélou, en la abadía de Mont-Saint-Michel, ha proclamado dos cosas. La primera, su creencia decidida en la religión popular, enfrentándola con esa religión íntima de que antes hablo. Sus palabras fueron: "Yo creo en la religión popular, en la religión de las peregrinaciones, y no en la de las pequeñas capillas y las pequeñas sectas".

La descripción que hace de la religión íntima es errónea, porque lo mismo se encuentra en un sitio que en otro, en unas personas y en otras, siempre que hayan descubierto la experiencia religiosa fundamental de lo divino en

el fondo de sus conciencias y de todas las cosas, por insignificantes o extrañas que parezcan. Pero, sin darse cuenta, el Cardenal Daniélou ha afirmado también que "en nuestro mundo, la técnica parece dominar, el hombre tiene necesidad de volver a encontrar lo sagrado".

Hace muchos siglos, el filósofo Aristóteles, hablando de Heráclito, refiere que "de Heráclito se cuentan unas palabras que dijo a unos extranjeros, deseosos de ser recibidos por él. Al acercársele, lo vieron calentándose cerca de un horno, y se detuvieron sorprendidos. Pero él les animó diciéndoles: 'También aquí hay dioses'".

Nunca se habló mejor, de cara a esta crisis, que se quiere presentar por algunos dirigentes espirituales de la Iglesia como sumamente trágica, para asustarnos a todos y volver a aquello que es imposible que vuelva: la envoltura anacrónica en que hablamos envuelto la mayoría de las cosas religiosas.

Lo malo, y eso es lo grave, es que al perder la envoltura, que está desfasada de nuestro mundo, muchas veces hemos perdido el núcleo, lo vital que pudiera haber dentro de ella. Y eso es lo que hace falta redescubrir, volver a encontrar.

El teólogo Juan de Dios Martín Velasco, uno de nuestros más finos pensadores religiosos, en las reuniones que se han tenido en el Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, ha acertado en señalar el punto donde debe centrarse este redescubrimiento de lo sagrado y de lo religioso en el mundo actual. Ni lo podemos buscar en lo antiguo, ni siquiera en un nuevo caparazón exterior que montemos reestructurando la Iglesia sólo desde fuera. "La nueva situación sociológica ha despertado al hombre religioso... y le está llevando a una nueva definición de su relación con el resto de las dimensiones humanas. El orden religioso sobrenatural no consiste en la consecución de una nueva perfección mayor que todas las mundanas y a la que todas estas perfecciones le dispongan positivamente... La dimensión religiosa, esencialmente, está en una permanente apertura personal aún más allá de todo lo humano". Lo mismo que dijo Heidegger en su Carta sobre el Humanismo, hace ya bastantes años, comentando la actitud de Heráclito calentándose tranquilamente en un horno. Decía este filósofo que "al pie del horno, en este lugar vulgar, donde todo objeto y toda circunstancia, todo actuar y pensar, son conocidos y usuales... está para el hombre lo abierto para la presencia de Dios".

Naturalmente que una presencia de Dios que no sea el Dios de muchos creyentes, que lo han empujeado o desfigurado con su pensamiento, sus prácticas y su actuar.

La barca de San Pedro puede y debe recuperar estas reflexiones que vienen de un mundo profano, pero que son las palabras que los católicos esperamos de ella, en vez de asustarnos con sus temores y sus añoranzas. Y la barca de San Pedro no es una sola persona, sino que somos todos los que directa o indirectamente deseamos seguir el Evangelio, por imperfectos que seamos, ya que esta barca debe ser más amplia y acogedora de lo que habíamos creído hasta ahora.